



SANTA MARIA DE COSMEDINO.

(EN ROMA.)

La iglesia llamada de la *Boca de la verdad* corresponde á un género bellísimo de arquitectura. Del antiguo templo, semi-pagano, semi-cristiano, que obtuvo aquel nombre, queda una gran parte *dellacella*, formada por grandes masas cuadriláteras de mármol y ocho magníficas columnas. Se conservan cinco de estas en la fachada interior de la iglesia, dos en el costado septentrional, y una en la sacristía. El interior se compone de tres naves, separadas por doce columnas de mármol, y el pavimento es de piedra dura. Los púlpitos, en que se leían los evangelios, así como todos sus adornos, son hermosísimos, y en la tribuna se ve una gran silla pontifical de mármol. El altar mayor, aislado en el fondo de la nave principal, es de una sola pieza de granito rojo de Egipto, y está cubierto por un pabellón, sostenido por cuatro columnas del mismo granito.

Esta iglesia, la segunda que en Roma se consagró á la Virgen, se llamó el principio *Santa Maria de la escuela griega*, porque sus ministros pertenecían á una cofradía griega: una bellísima imagen, llevada

de Grecia, atestigua los principios de su fundación. Se asegura que San Agustín enseñó en este edificio la gramática griega: S. Adriano primero hizo reedificar y enriquecer la iglesia, que recibió el nombre de *Cosmedinos*, de la palabra *cosmos*, que significa adorno. Por último, el pueblo dió en llamarla otra vez *Chiesa della Bocca della Verità*, á causa de la figura que se ve en el extremo izquierdo del peristilo, y que todavía inspira á los niños el mismo temor que los oráculos antiguos. A la menor sospecha de que mienten, se les amenaza con la boca fatal, y esto les contiene mucho en su propensión natural á no decir la verdad.

La fuente que adorna la desierta plazuela á un lado de la iglesia se debe á los diseños de Carlos Bizzaccheri.

Antes del pontificado de Clemente XI el piso de la plaza estaba muy alto, y era preciso bajar muchos escalones para entrar en la iglesia.

TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL.

(Conclusión.)

ZAMORA.—CAÑIZARES.

Vamos á terminar con el presente artículo la serie de los que venimos dedicando al teatro español del siglo XVII, ocupándonos hoy en dos autores que, aunque no escribieron ya propiamente en él, y sí en la primera mitad del XVIII, pertenecen por su gusto, por su forma, por su estilo á intencionada declarada á la escuela de Lope de Vega y Calderón, de la cual fueron los últimos felices cultivadores.

D. ANTONIO DE ZAMORA, natural de Madrid, como él mismo asegura en sus obras, aunque sin precisar la fecha de su nacimiento, fué gentil-hombre de la casa de S. M., oficial de la secretaría del Consejo de Indias, y pudo fallecer hacia los años de 1740. Fué un poeta lirico y dramático muy estimado en su tiempo; y sin duda alguna deben reconocerse en sus obras dotes muy relevantes para el cultivo de las musas, si bien viciadas por el mal gusto de la época que alcanzó.

Sus comedias, muchas de las cuales escribió por espreso encargo de la corte para el real teatro del Buen Retiro, componen dos tomos en cuarto; el primero de ellos salió á luz en vida del autor en 1722, y reimpresso despues de su muerte juntamente con una segunda parte en 1744; comprenden ambos diez y siete comedias, que no son sin embargo la mitad de las que escribió Zamora, como anotamos despues.

En ellas se propuso evidentemente el autor, y segun él mismo repetidamente asegura, la imitacion mas sumisa de su gran maestro D. Pedro Calderón; aunque careciendo del ingenio colosal y la brillante y espontánea imaginacion de aquel, sucedióle á Zamora lo que á otros que se habian propuesto igual objeto, y fué el de acórtar raras veces á imitar las bellezas, y caer frecuentemente en el escollo de recordar y exagerar los estravios del primero. Como excepcion favorable de esta última regla podríamos citar la conclusion de *El pleito matrimonial*, auto sacramental que dejó sin terminar Calderón, y escribió Zamora, llevando á tal punto la imitacion, que es imposible decir dónde empieza su obra; la comedia heroica de *Mazariegos y Monsalvos*, feliz inspiracion de aquel grandioso modelo; la de *El convidado de piedra*, y no hay plazo que no se cumpla, que popularizó en nuestra escena este magnifico argumento, iniciado en ella por Tirso de Molino; *La defensa de Cremona*, comedia evidentemente de circunstancias, y la pastoral titulada *Siempre hay que envidiar amando*. A pesar de estas honrosas excepciones y alguna otra que pudieran ofrecernos las comedias de intriga ó de capa y espada, géneros en que tambien ejerció Zamora su pluma, preciso es convenir que se quedó casi siempre á una distancia considerable de sus modelos, y que no consiguió volver á la vida, sino galbanizar mas bien momentáneamente y en muy cortos intervalos la comedia amorosa de Lope y de Tirso, la ingeniosa y magnífica de Rojas y Calderón.

Otra cosa tal vez hubiera sido, si bien aconsejado Zamora por su mismo ingenio, y en vez de empeñarse en seguir servilmente aquella imitacion, hubiera caminado por la fiel senda que aquel parecía marcarle; la senda no menos gloriosa que alia por aquel tiempo en el teatro de la nacion vecina el gran talento de Moliere, el drama propiamente cómico y la pintura festiva de costumbres y caracteres. Así debemos suponerlo á juzgar por las comedias que, aunque exageradas tambien en este estilo, dejó escritas Zamora, y singularmente por una de las mas célebres producciones con que enriqueció nuestra escena en este género, y es la que aun hoy se representa frecuentemente con general aplauso y lleva el título de *El hechizado por fuerza*. Esta lindísima comedia, que ha llegado hasta nosotros con toda la frescura y lozanía de la juventud, pertenece verdaderamente al género recargado ó de *figuron*, de que habian ofrecido ya señalados ejemplos en nuestra escena Rojas y Moreto, y que cultivaba tambien con cierto el gran padre de la escena francesa; pero admitió el género (¿y qué censor por adusto que fuera se atreveria á rechazarle?) preciso es convenir en que el tipo del miserable clerizonte D. Claudio, asustado por sus supuestos hechizos y luchando entre su desconfianza y su miseria, es uno de los personajes mas cómicos y mas admirablemente trazados que se han presentado en las tablas. En su boca cada palabra es un chiste, cada razonamiento, cada dialogo un modelo de expresion cómica y teatral. No citamos ninguno, especialmente por el riesgo de darle una injusta preferencia sobre los demás, y tambien porque siendo tan conocida esta comedia, todos los aficionados al teatro y aun el público en general la sabe casi de memoria, presentándose simultáneamente á su imaginacion con el *hechizado* las admirables figuras de un *Querrel*, de un *Oros*, de un *Cobas* y de un *Guzmán*.

Tambien siguió Zamora la misma pintura de caracteres exagerados ó de *figuron* en *D. Domingo de D. Blas*, y alguna otra de sus piezas

dramáticas; pero no fué en ellas tan feliz como en la del *Hechizado*, en que puede decirse que se escapó á sí mismo, y dejó consignado el primero de los títulos de su gloria.

COMEDIAS

DE D. ANTONIO ZAMORA.

- Amor es saber vencer, y el arte contra el poder.
- Agor es quinto elemento.
- Aspides hay basiliscos.
- Blason (el) de los Guzmánes y defensa de Tarifa.
- Cada uno es linaje aparte, y los Mazas de Aragon.
- Columna sobre columna.
- Con bellezas no hay venganzas.
- Con música y por amor.
- Castillo (el) de la Hungría, San Juan Capistrano.
- Desprecios vengán desprecios.
- Destruccion (la) de Tebas.
- Doncella (la) de Orleans.
- D. Bruno de Calahorra.
- D. Domingo de D. Blas, no hay mal que por bien no venga.
- Duendes con los alcahuetes y el espíritu fofofo; primera y segunda parte.
- Fé (la) se firma con sangre.
- Rechizado (el) por fuerza.
- Bonda (la) de David.
- Indiano (el) perseguido.
- Judas Iscariote.
- Lucero (el) de Madrid San Jeldro Labrador.
- Malarse por no morirse.
- Mazariegos y Monsalvos.
- Mística (la) monarquía.
- No muere quien vive en Dios.
- Por vir misa y dar cebada nunca se perdió jornada.
- Preso, muerto y vencedor, todos cumplen con honor, y defensa de Cremona.
- Primer (el) inquisidor San Pedro Mártir.
- Quitar de España con honra el fendo de cien doncellas.
- Ser fino y no parecerlo.
- Siempre hay que envidiar amando.
- Templo (el) vivo de Dios.
- Todo lo vence amor.
- Victoria por el amor.
- Viento es la dieha de amor (zarzuela).

CAÑIZARES.

D. JOSÉ DE CAÑIZARES es el otro poeta dramático que juntamente con Zamora cultivó todavia en la primer mitad del siglo último la escuela del antiguo teatro español, y la cultivó con tanto mayor éxito, cuanto indudablemente sobrepasa á aquel en prendas de invencion, ingenio y agudeza. La fecundidad, por otro lado, de su número poético, y que solo conoce rival entre los primeros dramaturgos del XVII, le permitió producir casi un centenar de piezas; y la brillantez de su imaginacion, la variedad de su gusto, y el estudio que sin duda habia hecho ya de los recientes modelos de la escuela francesa, le dieron motivo para poder imitarlos á todos alternativamente, muchas veces con tan buen resultado, que pudieran equivocarse sus obras con las mismas de sus modelos.

El excelente crítico y poeta D. Alberto Lista decia que «Cañizares no es solo Calderoniano, sino acaso el que imitó mejor la elocucion, el arte de versificar y la disposicion de la fábula que son propias del maestro,» y cita como ejemplos de buen estilo, versificacion y gravedad en la sententia, las comedias tituladas *Tambien por la voz hay dicha* (imitacion de *El alcalde de sí mismo*, de Calderón), *Por acrisolar su honor, competidor, hijo y padre*, y la de *El sacrificio de Ifigenia*; señalando en prueba estos y otros versos de ella que le parecian del mismo Calderón:

El orbé que oyó el estruendo
de las trompas y las cajas,
ya de aquel susto primero
convalece en la tardanza;
juzgando ó que es guerra injusta
la que tierra, viento y agua
resisten, ó que el temor
de no conseguir la hazaña,
es rémorá á nuestro impulso,
es rémorá á nuestra venganza.

En *Las cuentas del Gran Capitán*, en *El picarillo en España*, en *Yo me entiendo y Dios me entiende*, en la de *En los hechizos de amor*, *la música es el mayor*, en *La mas ilustre fregona*, en la de *El honor da entendimiento y el mas bobo sabe mas*, en las de *Carlos Y sobre Tínez*, *El asturiano en la corte y músico por amor*, en la de *Fieras afemina amor*, en la de *El pleito de Hernán Cortés*, y en la mayor parte en fin de las que componen el abundoso repertorio de Cañizares, se reconocen visibles imitaciones de la invención, artificio y estilo de Lope y Calderón, Tirso, Montalván y Velez; en otras aspira á sostener la competencia con Moreto y Solís en la corrección y fuerza cómica; en otras de asuntos místicos, mitológicos y fantásticos, delira con el mismo desenfado que pudieran hacerlo un Mito ó un Diamante; en otras, en fin, adopta el estilo apellidado *culto*, metafórico, hinchado y pedantesco, que tan en moda habían puesto en los salones de palacio todos los poetas desde Góngora hasta Cándamo.

Cañizares tambien tiene otra especialidad como abastecedor del teatro popular de su siglo, y es la de las comedias de *méjica* con gran aparato de tramoyas y decoraciones, y un constante interés en el argumento, que las hacia ser el embeleso del vulgo, y aun han llegado hasta nosotros á tiempo de recrear nuestra infancia. Las cuatro partes de *El asombro de la Francia Marta la Romarantina*, las tres de *El anillo de Giges*, las dos de *D. Juan de Espina*, y alguna otra, han sido el espectáculo popular de muchas generaciones, el recurso de los cómicos y el áncora de salvacion de las empresas teatrales.

Pero sobre todos estos méritos descuella la verdadera indole del talento de Cañizares en el género, grotesco si se quiere, pero altamente cómico, apellidado de *figurón*. En este punto puede decirse que nadie rayó tan alto, pues ni Calderón en *D. Toribio Cuadrillos*, ni Moreto en *El tonto D. Diego*, ni Rojas en *D. Lucas del Cigarral*, ni el mismo Zamora en *El Hechizado*, ofrecen á nuestros ojos una figura tan epigramática, tan cómica, tan viva, tan chistosa como *El Dómine Lucas*, el infeliz bidalgo montañés que lleva á un desafío su árbol genealógico para que le sirva de escudo, y que espone sencillamente de esta manera las condiciones de su alcurnia.

Lucas..... Yo en la montaña
tengo una bonita hacienda,
á Dios gracias, que un abuelo
mi deudo por línea recta
fundó, ciento y dos mil años
antes que Cristo naciera.

ANTONIO..... ¡Antiguo blasón!

Lucas..... Dejéme
con calidad esta renta
de que entre á gozarla yo
desde el día en que me muera.

D. ENRIQUE.. ¿Desde que os muráis? Pues muerto,
¿de qué os sirve?

Lucas..... Tengan cuenta.

Pues ¿cómo queréis que mande
que viva un hombre con ella
si es hacienda de montaña
que hinchá, pero no sustenta?

D. ENRIQUE.. ¿Pues cuánto es?

D. LUCAS.... Doce ducados,
y tiene un censo de treinta.

.....
El caso es que mi nobleza
tan antigua, que á diez millas
hoelé á lo rancio que apestá,
no permita que me entregue
todo entero á quien no sepa
que es muger tan recatada,
tan mirada, tan atenta,
tan noble y tan tarantan.

D. ENRIQUE.. ¿Qué es tan tarantan?

D. LUCAS.... Discreta,
frase con que yo me esplico,
dando á entender que quisiera
muger que no se asustará
de cajas ni de trompetas, etc.

Y prosigue así durante toda la comedia desplegando su carácter infatuado, malicioso y necio, admirablemente puesto en juego con el de la tonta Doña Melchora, y el tío abogado que enamora en términos de proceso.

Otros muchos personajes del género recargado ó de figurón escitan la continua risa y la simpatía del público en las comedias de Cañizares. Su *D. Lain de Los hechizos de amor*, el *D. Lorenzo de El mas bobo sabe mas*, el *D. Policarpo de La ilustre fregona*, el *Don*

Cosme de Yo me entiendo y Dios me entiende y otros muchos caracteres ingeniosamente desenvueltos por Cañizares con una espontaneidad y gracia cómicas, que sólo puede compararse á la de nuestro contemporáneo el fecundo autor de *El pelo de la chessa*, hará lamentar que tan abundoso y natural ingenio malgastase sus fuerzas en imitaciones de escuelas y de estilos que ya habían caducado, y en las que, por muy buenas que fueran, nada superior quedaba por hacer.

D. José de Cañizares nació en Madrid en 4 de julio de 1676, y es fama que desde muy tierna edad empezó á distinguirse por su grande ingenio, que le permitió componer á la de catorce años la apreciable comedia de *Las cuentas del Gran capitán*. Fué militar, teniente capitán de caballos corazas, y murió en 4 de setiembre de 1750 en la plazuela de santo Domingo donde habitaba. De sus comedias en colección, solo se publicaron dos tomos que comprenden veinticuatro; pero estas y las demás han sido impresas muchas veces sueltas, y son muy comunes y conocidas.

COMEDIAS

DE D. JOSÉ DE CAÑIZARES.

Abogar por su ofensor, y baron del Pinel.

Acia y Galatea (zarzuela).

Asombro (el) de la Francia, Marta la Romarantina, primera, segundo, tercera y cuarta parte.

Anillo (el) de Giges, primera, segunda y tercera parte.

Amazonas (las) de España.

Amando bien, no se ofenderá un desden.

Angel (el) del Apocalipsi.

Angélica y Medora (zarzuela).

Amor todo es invencion.

Apolo y Clionea (zarzuela).

Asturiano (el) en la corte, y músico por amor.

A cual mejor, confesada y confesor.

A un tiempo rey y vasallo.

Banda (la) de Castilla, y privado perseguido.

Boba (la) discreta.

Carlos V sobre Tínez.

Castigar favoreciendo.

Cantero (el) de Constantinopla.

Clicie y el sol (zarzuela).

Cumplir á un tiempo quien ama con su Dios y con su dama.

Cuál enemigo es mayor, el destino ó el amor.

Cuentas (las) del Gran Capitán.

De los hechizos de amor, la música es el mayor, y montañés en la corte.

De leve chispa gran fuego.

De comedia no se trate, allí va ese disparate.

D. Juan de Espina en Madrid.

D. Juan de Espina en Milan.

Diehso (el) bandolera.

Domina (el) Lucas.

Estrago (el) en la fineza.

Fieras afemina amor.

Fortuna te dá Dios, hijo.

Hasta lo insensible adora.

Honor (el) da entendimiento, y el mas bobo sabe mas.

Hazaña (la) mayor de Alcides.

Heróica (la) Antonia García.

Invencible (la) castellana.

Imposible (el) mayor en amor, lo vence amor.

Lo que va de cetro á cetro, y crueldad de Inglaterra.

Lo que vale ser devoto de S. Antonio de Padua.

Mas ilustre (la) fregona.

Milagro es hallar verdad.

Montes allana el desden (zarzuela).

Muerta viva (la) Santa Cristina.

Mas amada (la) de Cristo, Santa Gertrudis la Magna, primera y segunda parte.

Monstruo (el) napolitano, ó el error y el escarimientó.

No hay con la patria venganzas, y Temistocles en Persis.

Nuevas (las) armas de amor.

Picarillo (el) en España.

Príncipe (el) D. Carlos.

Prodigio (el) de la Sagra.

Pleito (el) de Hernán Cortés con Pánfilo de Narraez.

Por acrisolar su honor, competidor, hijo y padre.

Ponerse hábito sin pruebas, y gaspo Julian Romero.

Pedro Ursulemalas.

Rey (el) Enrique el enfermo.

Santo niño (el) de la guardia.
 Sacrificio (el) de Hígenia, primera y segunda parte.
 Señora (la) Mariperez.
 Si una vez llega á querer, la mas firme es la muger.
 Santa Brigida.
 Santa Francisca Romana.
 Santa Juana de la Cruz.
 Sol (el) de Occidente.
 San Vicente Ferrer, primera y segunda parte.
 Sin caridad no hay fortuna.
 Tambien por la voz hay dicho.
 Tres (las) comedias en una.
 Telémaco y Calipo (zarzuela).
 Valor (el) cómo ha de ser.
 Ventura (la) por la voz.
 Viva (la) imagen de Cristo.
 Vida (la) del gran tacáño.
 Un precipicio con otro.
 Yo me entiendo y Dios me entiende.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.

LOS YOLOFS.

Estos negros del Senegambia, y cuyo nombre se escribe tambien *Yolofs*, *Gholofs* y *Valofs*, forman uno de los pueblos mas notables de aquella parte del Africa. Ocupan casi esclusivamente el territorio comprendido entre los rios Senegal y Gambia, desde Podor y Pisania hasta la embocadura de los mismos: dicho territorio tiene unas 4,000 leguas cuadradas, y lo habitan 300,000 individuos. Segun la tradicion, formaba antiguamente un solo imperio, cuyo jefe, que residia en el Senegal, se llamaba *Burba*, esto es, emperador ó rey: despues, algunos pueblos desmembrados de tan vasto estado cayeron en poder de naciones extranjeras, pero otros se encuentran todavia regidos por sus jefes naturales, como el Valo, donde está la colonia francesa del Senegal, el Kayor, el Baol, el Barra y algunos mas. Los Yolofs son los negros mas bien formados que se conocen, así como altos y robustos: sus facciones pueden pasar por hermosas, y su fisionomia inspira confianza.

Esta raza es la mas negra del Senegambia, lo cual prueba que el color mas negro no radica precisamente en las mas cálidas latitudes, ni en las que se hallan mas tiempo expuestas á los rayos perpendiculares del sol, porque los Yolofs viven en el Norte de la Nigrizia.

Tambien sobresalen por sus pretensiones, por la ventajosa opinion que tienen formada de sí mismos, por un valor que procede de la escelencia de su raza, y por la tradicion que conservan de su antiguo poderío. Cuando se dice á un Yolof que es negro, contesta al punto: «No no ser negro: mí siempre Yolof.»

Además de sus ventajas físicas, propiamente tanto al orden y á la civilizacion, se inclinan tan naturalmente á las costumbres pacíficas y domésticas, que nó sería aventurada conjeturar que descendian de aquella colonia de los antiguos Etiopes, de la cual dice Herodoto que se componia de los hombres mejor formados, y cuyo carácter era tan suave, que Homero les llamaba *intachables*.

Los Yolofs hablan un idioma que les es propio, el *Valof*, dulce, gracioso y de muchas vocales y facil de aprender, como la mayor parte de las lenguas etíopias. Son sedentarios, y habitan en poblaciones más ó menos grandes: el cultivo del algodón, del mijo, de varias legumbres, del indigo y del tabaco, unido á los animales que crían, proveen completamente á sus necesidades. No hacen mas que dos comidas diarias; una al salir el sol y otra al anochecer. Nunca se presentan los niños en la mesa de los mayores, y cuando por casualidad ven comer á sus padres, vuelven la cabeza hácia otro lado en señal de humildad y de obediencia.

Sus casas son en extremo sencillas; pero estan construidas con solidez y únicamente de juncos: una puerta de paja completa su seguridad.

El traje de estos negros, no obstante su pobreza, no carece de gracia: los hay que llevan dos pedazos de tela de algodón rayado, ceñida una de ellas á la cintura, y la otra echada con negligencia por los hombros: muchos de ellos se endosan el *cusab*, especie de blusa ó ropón sin mangas, siendo siempre el de los jefes principales de color amarillo. Estos van por lo regular con la cabeza descubierta, pero los demás usan un casquete de tela, ó bien un birretillo que toman con dos puñuelos de diferentes colores.

Los tres negros de dicha casta, cuyos grabados van en este número, representan, el primero un jefe Yolof, el segundo un Yolof cazador, y el tercero una muger del país.

Casi todos llevan pendientes del collar con que se adornan el cuello unos saquillos de tela ó de cuero, encarnados, azules ó blancos, que contienen talismanes preservadores: tambien suelen usar un especie de cartuchera donde guardan el tabaco, y cuando viajan añaden á su atavío un saco de piel de tigre ó de leon, en el cual almacenan sus provisiones de boca.

Los trajes de las mugeres de este pueblo son sumamente pintorescos. Lo único que diferencia á las esclavas de sus amas, ó de las hembras libres, consiste en el derecho de adornarse con collares y con braceletes de oro y plata. En la isla Bathurel, situada en la embocadura del Gambia, las *Yolofs* cubren sus cabezas con una especie de turbante hecho de muchos pañuelos rayados, el cual forma en la parte posterior de la cabeza un cono muy agudo, y remata en una cinta de oro. Tambien suelen calzarse en días muy señalados.



La negra Yolof, que figura nuestro grabado, está representada en traje de casa, ó mejor dicho, en el que llevan generalmente todas las de su clase: su mayor lujo consiste en la riqueza de los adornos que cubren su cuello y sus muñecas, y en los vivos colores de las telas de sus túnicas. Siempre van con la cabeza descubierta, pues el turbante de que hemos hablado solo es propio de las esclavas; pero tienen gran cuidado de arreglarse *las pasas*, formando con ellas caprichosos rizos, á fuerza de aceites y cosméticos, que domestican su dureza y rebeldia.

Las mugeres Yolofs son muy trabajadoras y hacendosas, pero tratan con bárbara crueldad á las esclavas que la suerte de la guerra hace caer en sus manos.

LA MASCARADA.

(NOVELA.)

«Sabes que es horrorosa todo este jiloteo que se-ria necesario inventar un nuevo suplicio para la muger que olvida sus deberes? Sabes que el Asonto moroce la pana de pensar en ello?»
 Parroja 11 de esta obra.

I.

El que quiera saber lo que sucedió en Madrid hace algunos años, que lea estas páginas, y lo sabrá.

Una de esas mañanas entoldadas y húmedas que suceden por lo

cuando á los días lluviosos del invierno, atraviesa la Puerta del Sol con dirección á la calle de la Montera una hermosa señora como de veintiocho años, cuya figura, atavío y ademanes no pudieran menos de llamar la atención á los mil y un curiosos que invaden constantemente las aceras de aquel célebre cuanto bullicioso lugar.

Para el que no conozca á fondo al pueblo de las grandes capitales, y muy principalmente al pueblo de Madrid, deberemos decir que en tales días y en sitios tan frecuentados y céntricos, la concurrencia, lejos de estar en armonía con la intemperie de la atmósfera, parece y lo es en efecto mayor y mas curiosa de lo que en días despejados se manifiesta. Y es que los valientes madrileños y las aun menos cobardes madrileñas tienen como á especie de gala esto de desafiar las inclemencias del tiempo, sin que los vientos, las aguas ni los lodos los obliguen á suspender su obligado y predilecto calajeo.

Por eso en la mañana que comienza nuestro relato era grande la afluencia de personas que se notaba en la Puerta del Sol: los unos aparrapitados en las aceras, contemplaban inmóviles los apuros del camión, mientras que las otras, arremangadas de traje y un si es no es turbadas y confusas, procuraban salvar á saltitos los baches, los arroyos y las lagunas.

Buenas y oportunas observaciones salían de los diferentes corrillos estacionados aquí y allá á propósito de los varios incidentes y extrañas exposiciones á que daba lugar la proverbial torpeza del sexo débil; pero en ninguno de los círculos eran tan grandes la animacion y el chiste como en el presidio por un moceton capitán de caballería (llevaba dos charreteras) alto, rubio y colorado, el cual á grandes voces y con significativos ademanes habíase encargado de señalar los defectos ó bellezas que notara en cuanto de reservado dejasen traslucir las desgraciadas transeuntes.

Debemos decir en honor á la verdad que no faltaban motivos de burla y de chacota. En aquella ocasion no se había generalizado entre las señoras el uso de los pantalones, ni menos aun el de ese fatal gachó recién importado de Francia, invenciones ambas que han venido á robar la esbellez y la gracia de nuestras lindas compatriotas. En aquella ocasion las señoras de la aristocracia trataban los vestidos de atrás adelante para evitar el salir de los lodos; las de la clase media alzaban las ropas por el lado derecho; las recién casadas elevaban sus faldas con ambas manos, temerosas de arjar sus flamantes prendas; las jóvenes de provincia se daban un pellizquito por delante, y las hembras del pueblo echábanse la saya por la cabeza sin acordarse con dengues ni requilorios. Y estas sí que eran las verdaderas costumbres españolas, y esto es lo que era enseñar con garbo lo que es para visto, y esto es lo que era saber ocultar lo que ocultarse debe. Pero vinieron despues los pantalones y el gachó; lo primero para servir de lo que despues se dirá, y lo segundo para hacer que nuestras graciosas españolas adquirieran el aire marcial del rancheño que prende con alfileres el pie de su levita por no mancharlo de bazada. Vinieron los pantalones, decíamos; y ¿para qué vinieron los pantalones?

A vosotras nos dirigimos, hermosas jóvenes de diez y seis años, candidas é inocentes niñas que no tenéis aun de vuestro sexo mas que el genérico nombre de muger; á vosotras que no participáis de esas mil debilidades que acometen bien pronto á todas vuestras compañeras; á vosotras que enqueleis por imitacion, que cometéis torpezas porque otras las cometen, y que os ponéis en evidencia porque en evidencia os hacen poner; á vosotras á quienes ruboriza una palabra, una acción, un furtivo movimiento de ojos, porque vuestra alma es pura y vuestros sentidos se niegan á todo lo que no es digno y decoroso; á vosotras, verdaderas vírgenes, á vosotras nos dirigimos; no queráis imitar nunca á las que gastan pantalones para cubrirse; si vuestra madre os obligase á usarlos, hacieda desistir de su propósito: ella ¡la pobre señora! cree de buena fe que con ellos va á cubrir vuestras piernecitas, y lo que hace verdaderamente es ponerlas en evidencia. ¿Sabéis lo que son los pantalones? Mirad que os lo dice un hombre: son la rouche de ecayola de que cubren las torres telegráficas para que el observador ante á primera vista; son el punto blanco que aparece en la plancha del tiro de pistola; son unas trompetitas vocingleras que van diciendo amareda. Sí, hermosas y sencillas jóvenes, dejad caer vuestros vestidos cuando tropicéis por las calles en tiempos de lluvia; dejadlos arrastrar por el fango sin consideracion á la limpieza; ¿cuanto mejor es llevar á casa manchas en el vestido, que no manchas en la conciencia? Además que las manchas del traje desaparecen fácilmente con un poco de agua, mientras que las manchas del pudor, escuchadlo bien, hermosas niñas, las manchas del pudor no se lavan ni aun con torrentes de lágrimas.

¿Sabéis lo que sucedió á Magdalena por seguir ese coquetismo de imitacion?

Magdalena era de las señoras que se ataraban muy de mañana los días húmedos del invierno, para llamar la atención por las calles de Madrid. Y no con la malicia de una muger perdida, sino con el afán de hacer lo que otras hacen, con el propósito de seguir la moda,

con la falta de tino de una joven que goza de cierta libertad.

La mañana que atravesó la Puerta del Sol, llevaba Magdalena un traje de seda azul graciosamente plegado á su estrecha cintura; la mantilla española que con tan abroso garbo solia gustar, adornaba esta vez su alegre rostro ligeramente rosado por el azote del viento; y sus bucles que ondeaban, y su camisola bordada que se descubría, y su preciosa mano bastante apocada á contener la arruga del traje que se alzaba, todo contribuía á que los curiosos fijasen la vista sobre aquella joven, que al saltar de puntillas algun pequeño arroyo dejaba ver un lindo pantalon guarnecido de encajes, cuya blancura hacia resaltar el brillo de su pequeña bata de raso negra. ¿Cómo no habia de agradar al capitán?

Así lo expresó este una y cien veces delante de todos los del corro, y no tan quedo que dejase de llegar hasta los oídos de la joven esposa. Ella procuró acelerar el paso con el fin de evitar las miradas de los ociosos; pero su presteza no fué tal que impidiese al mozo de las charreteras seguirla por la calle del Carmen, diciéndola casi al oído palabras tan lisonjeras como atrevidas.

Magdalena en aquel momento se arrepintió sin duda de su tope pasco. Y no porque el aire del capitán le desagradase, ni porque



aquellas halagüeñas palabras dejasen de producir en su ánimo cierta presuntuosa satisfacción, sino porque temia que el osado rancheño la creyese alguna muger vulgar, dispuesta á dar las señas de su casa enseñando el camino; porque temia que los desafueros del joven conecitaran contra ella las burlonas miradas de la multitud. Magdalena tambien debió acordarse en esta ocasion de su marido: dió media vuelta precipitadamente y se entró en una guantería. El capitán la siguió quedándose á una respetuosa distancia. Semejante acción era ya osada en demasía; por eso creyó la joven que aquel importuno se cansaría de esperar, y comenzó á probarse guantes por docenas. El capitán sin embargo estaba de otro parecer: se propuso esperar, y esperó. Ha pasado tanto tiempo, y se había ya probado tantos guantes, que Magdalena se decidió á dejar el almacén; pero como el de las charreteras salió tras ella con la imposibilidad de hombre que acompaña por fuerza, no quedó á la joven otro arbitrio, y esto solo á una muger le ocurre! que el de dar otra vuelta tan intempestiva ó mas que la primera, y entrar de nuevo en la guantería. ¡Infini precaucion! El capitán arqueó las cejas, despegó los labios con estrépito, y volvió á tomar posesión del quicio de la tienda, no ya como hombre que aguarda

con resignación, sino como acompañante á quien desespera las imperfecciones de su fama; y tanto fué esto así, que al ver el sufrido guantero las impertinentes reclamaciones que la jóven le hacía, dijo dirigiéndose al capitán:

—Su señor esposo de V. es testigo de que no sé qué el guante estuviese manchado.

A lo cual Magdalena no pudo menos de rebotizarse y aun de quedar asombrada, porque el llamado esposo movió la cabeza afirmativamente, y se encogió de hombros como demandando paciencia del guantero.

El atrevimiento no podía ser mayor... y fuerza es confesarlo, tampoco carecía de gracia. Magdalena se resignó pues á sufrirlo todo, con tal de verse pronto en su casa, libre de aquella pesadilla; tomó el camino lo mas aceleradamente que pudo, y gracias á la proximidad en que se hallaba, tuvo que sufrir por poco tiempo las íntimas relaciones del capitán, que descaradamente iba haciendo las veces de marido. Al llegar á la puerta la jóven respiró con desahogo.

—¿Esas tenemos? (dijo para sí el capitán). Lo que ella quería era que pagara los guantes en la tienda y que viniese luego á comprarla. En cuanto á lo primero, no nos; por lo que hice á lo segundo, eso ya es diferente.

Calóse los guantes, suspendió la espada en su cintura, y enderezó escotera arriba tras de la jóven. Un momento hacia que la puerta se había cerrado con grande estrépito, cuando el atrevido militar hizo sonar de nuevo la campanilla. Asomóse una sirvienta al ventanillo y preguntó quién era.

—¿Qué la diré? murmuró el mozo. Lo mejor será preguntar por mí mismo, que en cuanto ella oiga mi voz mandará abrir.

—Di, hermosa muchacha, exclamó el capitán con aire de franqueza, ¿es aquí donde vive el teniente Alvarez? Las dos charreteras que llevaba no eran sin duda alguna de capitán.

—Aquí vive, contestó la muchacha.

—Esto es hecho, dijo para sí el teniente frotándose las manos: buena mañana se nos prepara. Pues abre, prenda mía, que espera y lo esperan...

La criada abrió en efecto y suplicó al señor militar que aguardase un momento mientras pasaba recado á su amo.

—Bien dicho, prenda! exclamó Alvarez dando á la muchacha una palmadita en el hombro; esto se llama una mozoleta lista. Mira, dile que no se ande con cumplidos.

La criada se encogió de hombros y desapareció: un instante después mandó entrar al desconocido en el gabinete de su amo.

Fácil será hacerse cargo de la sorpresa del mozo, cuando en vez de la dama, para quien poco há daba el encargo que hemos escuchado, se encontró con un hombre como de sesenta años, de rostro grave, de continente poco afectuoso, y que lejos de haber pensado andarse con cumplidos, se abalanzó el saco que tenía puesto, y dejando su asiento encaráose con el capitán para decirle:

—Yo soy el teniente coronel Alvarez, ¿qué se le ofrece á V.?

II.

Por poco líneo que sea el lector (y nosotros le hacemos todo lo contrario) ya habrá podido formarse una ligera idea del carácter de las personas con quienes le hemos puesto en conocimiento. Si algo le falta aun, vamos á satisfacer su curiosidad.

El capitán Alvarez, teniente efectivo de un regimiento de lanceros, acababa de cumplir veintisiete años. Tenía un tallaje extraordinario, era recio de carnes, blanco de cutis, rosado de color, vivo de ojos, sonriosa maliciosa, desverguenza inaudita, una espada tan larga como la que mas, y unos puños tan fuertes como los que menos. Prometía mucho, provocaba mucho, chillaba mucho, pero en llegando el momento, Dios guarde á V. muchos años. Las mugeres sin embargo se despositaban por él.

Y es que á las mugeres les sucede casi lo mismo que á los hombres: dadas buena corteza, y lo de adentro que se lo lleve el diablo.

La corteza del teniente de lanceros era impenetrable. Ponedlo en medio de cien jóvenes de talento, y de seguro que cualquiera muchacha se dirige á él. Además que no era tan vulgar como nosotros nos empeñamos en decir, porque en los catorce años que llevaba de regimiento, se iba montando una guardia, lavarse los guantes de castor, tirar el sable y darle de palmos á su asistente. Sobre todo, lo que hacia con suma gracia era retorcerse el bigote. ¿Qué muger había de resistirsele? ¡Pobre Magdalena!

Magdalena venia á tener la misma edad del capitán. Ya conocemos sus cualidades físicas: dos palabras mas y conoceremos las morales.

Era coqueta.

Su madre la criaba con el mayor esmero, y al verla tan bonita dijo para sí: buena boda. ¿Cuánto más valía que hubiera dicho: buena hija, buena esposa, buena madre?... Pero no fué así. Cuando sobre-

cargada de adornos y de alfileres la sacaba á paseo, en vez de irle empujando con el dedo aquellos jóvenes, que por modestos, ingeniosos, aplicados y dignos reconoce Madrid en todas ocasiones, iba diciendo á media voz: «ve ahí al hijo del banquero fulano; ese es el heredero del general titano; por allí va el huérfano del capitalista mengano.»

Herederos de grandes títulos, hijos de poderosos, huérfanos de millonarios, hé ahí toda la juventud que conocía Magdalena. Pero ni los capitalistas, ni los títulos ni los poderes hacían gran caso de la bella jóven. Quizá la hubieran aceptado por un momento; pero para toda la vida necesitaban ó querían ellos hijas de títulos, herederas de banqueros, huérfanas de millonarios.

La juventud de Magdalena se pasaba sin éxito, cuando un coronel fresco y sanote que apenas contaría cincuenta y nueve años, hizo pectorá á la mano de la niña. Tenía su pagá corriente, un balazo en una pierna, y ciento veinte mil reales de renta propia. La boda se efectuó al momento. ¡Pobre coronel!

El teniente coronel Alvarez era el hombre mas bendito del mundo. Corazón en el pecho, corazón en la cabeza, corazón todo él, había amado poco, pero mucho. Una copa de Ginebra, un chicote habano y su Lela, era todo lo que tenía en el mundo. ¿No le había honrado la jóven al aceptarle por marido? ¿No era él indigno del amor de aquella hermosa muchacha? Pues entonces, ¿qué extraño es que la dejara divertirse y asistir á reuniones y visitar á sus amigos, y vestir como una duquesa, y que se la mimase como á una sultana? Ello sí, Magdalena, ó Lela como él la llamaba, era acreedora á todas aquellas consideraciones. Si vestía, era por darle gusto á su marido; si tocaba el piano, era por agradar á su esposo; si frecuentaba tertulias y paseos, era por complacer á su coronel. El día en que un hombre decía al teniente Alvarez «anoche vi á Magdalena en el teatro y estaba encantadora,» se había el coronel un frasco entero de Ginebra. En cambio, si algun buen amigo le hubiese dicho: «anoche dirigía Magdalena un lente á una luneta que no estaba ocupada por el coronel Alvarez,» el coronel hubiera traspasado de una almeada el pecho del amigo.

III.

Cuando el teniente coronel Alvarez le preguntó al teniente capitán Alvarez qué se le ofrecía en su casa, estuvo el jóven militar muy espuesto á no saber qué contestarle. Repuesto á poco de la sorpresa, balleó inclinándose cortésmente:

—Dispense V. caballero, que no es V. la persona que buscaba.

—¿Diablo! exclamó el viejo, pues es extraño que no sea yo la persona á quien V. busca, porque no sé que haya otro Alvarez en Madrid de mi graduación.

—Pues lo hay sin duda alguna, repuso el capitán.

—Es imposible que yo no lo conozca, tornó á decir el veterano.

—Repito que le hay.

—Insisto en que no.

—Yo le conozco.

—No puede ser.

—Que sí.

—Que no.

—¿Quién es? ¿dónde está?

—Yo. Aquí.

—¿Dijabo! pues no lo entiendo.

—¡Demonio! me explicaré.

—Eso me gusta, dijo el viejo variando de tono; aquí hay misterio, y yo soy amigo de charadas. Bebamos una copa y hablemos despues como V. guste. Una silla, caballero oficial.

—Y ambos tenientes apuraron gomasor dos suchas copas de esquisito licor, tomando despues asiento el uno enfrente del otro.

—Pues como decía, mi... no sé qué... Vea que es V. militar é hé-noro...

—Coronel.

—Pues como decía, mi coronel, V. por lo que veo es un hombre franco, y como tampoco soy ningún cortujó, creo que estamos en el caso de hablar con franqueza.

—Chiz! gritó el coronel, sube un tarro de la sueva....

—Es el caso que yo soy un poco aficionado á las hijas de Eva.

—Ese es mi llaco, dijo el del bigote como sonriendo maliciosamente.

(Excusamos advertir que el coronel Alvarez no hablaba con mas muger que la suya.)

—Y luego como es jóven, y lleva dos charreteras... Y... vamos...

—A su edad de V., capitán, se volvan tocás por mi todás las muchachas.

—No quiero yo decir que á mi me suceda lo propio; pero...

—¿Y por qué no, señor mas?

—Gracias, mi coronel. Esta mañana he visto en la calle de la Montería una chis... En fin, no hay que pedir. La miro, me mira; la besa, la sigo, me suelta; voy á entrar en su casa, y me da con la puerta en los hocicos.

— ¡Demonio!

— Pero es el caso que la chica entró en esta misma casa.

— ¡Díabolo! ¿está en el cuarto principal?...

— Seguramente.

— ¡Ah! ya séigo, era Luisa. ¡Y qué gusapa está!... Con efecto, mucho me gusta; y no crea V.... casi casi me han dado intenciones de desirle... pues... pero como está picara de mi Lela es tan lista y ha... á propósito, señor mío, V. no conoce todavía á mi esposa... ¡Lela!... ¡Lela!... comenzó á gritar el coronel, ven, que te voy á presentar á un amigo...

— Tendría mucho gusto...

— ¡Lela!!!

— Seguiré despues mi cuento si á V. parece.

— No, no hay inconveniente. Prusiga V.

El capitán comenzó á temblar, pero Lela no vino.

— Por último, dijo despues de un momento de espera, temeroso yo de que la jóven, al parecer indignada, diese un escudato, tomo escalera arriba y tiro maquinalmente de ese llamado. Me abren: ¿por quien habia de preguntar? Por mí. Semajante sugeto no era muy fino que estuviese en casa. Preguntó; me responden; pasan recado, entro, nos encontramos, hablamos, bebemos, fumamos, y con tan plausible motivo nos hacemos amigos.

— Amigos y camaradas, recató el coronel con afectuosa expresión. Venga esa mano, y destapemos la segunda botella. ¡Vivan los buenos militares y los buenos mozos!

— Á la salud de V., mi coronel.

— A nuestra naciona amistad, mi capitán, ¡Lela!... ¡Lela!... volvió á gritar el campochano viejo despues de apurar su copa.

Esta vez se presentó la criada á excusar la falta de la señora.

— Diga que no, murmuró el marido, que venga sin cuidado. Nada de vestirse ni acicalarse. El señor es un amigo de confianza y camarada mío. Diga que venga, y que se traiga la llave del piano.

Despues dirigiéndose al capitán continuó:

— ¿Es mucho esta muchacha mía! toca el piano como un profesor. ¿Y cantar? Ni un gilguero. ¿Y hacer labores? ¿Y querer á su viejo? ¿Y todo?... vamos, me alegraré de que V. la conozca y la trate á fondo.

— Yo me honraré mucho...

— ¡Cal... en mi casa sin cumplimientos. Mire V.; yo séigo tres horas todas las mañanas á dar un paseo; desde las doce hasta sentarme á la mesa. Fuera de ese tiempo me paso la vida en casa. V. viene á esas hora, por la tarde, por la mañana, cuando quiera. Si estoy yo, bueno; si no estoy, Lela no sale casi nunca y le dará á V. conversacion. Hágala V. que toque, que cante: yo no tengo ya influencia con ella en ese particular... ¡Creerá V., capitán, que no he podido hacerla que se fume un veguero ni que apure una copa de este exquisito Ginebra?...

— ¡Sea por Dios! exclamó sonriendo el teniente.

— Pero qué hará que no viene!... Voy yo mismo á llamarla.

El coronel salió apresuradamente de la estancia, y volvió de allí á poco, trayendo del brazo á su ruborizada esposa.

El capitán y Magdalena dirigiéronse un imperceptible saludo casi sin mirarse.

— Síntate aquí á mi lado, murmuró el viejo. Este oficial es un amigo mío, y quiero que lo sea tuyo. Es aficionado á la música y á las muchachas; fuma como un turco y bebe Ginebra como un teniente coronel: en fin, lo quiero, y esto basta. Venga la llave del piano, síntate á él, y haznos escuchar esa divina voz. Capitán, V. perdóne, diga uno cosas... que...

— Todo lo contrario, dijo con la mayor dulzura el teniente. Yo desde ahora afirmo que la voz de esta señorita será tan angelical como su rostro.

— ¡Muehacha! gritó el coronel, ¿cuándo sube esa Ginebra?...

Magdalena, que no despegó sus labios, pulsó las teclas del hermoso instrumento y le hizo expresar algunas notas con sin igual maestría. Los ojos del coronel parecían como que se turbaban de gozo.

— Así, así, exclamó dando una palmadita en el hombro de su esposa: canta la melodía del *marinero enamorado*. Oiga V., capitán, oiga V.: es una preciosa souna. Voy á explicarle á V. la letra por si no comprende el italiano.

— Con efecto, solo sé un poco... y...

— Pues, lo mismo que yo. Á mi tambien me tá esplicó el maestro. Soponga V. que es un marinero que está enamorado de su canoa. Es la mas ligera y corredora que se ha conocido en la playa; un muchacho puede conducirla; y en cuento al marino, con solo pisar su fondo, ¡puff!... se pierde de vista. El la cogalana todos los dias, la cubre de flores y gualaldas, la perfuma, la aseá... vamos, con decirle á V. que está enamorado... Pues señor, otro marinero que no tiene canoa, porque no la sido lo suficiente trabajador para saberla ganar, vea V. por dónde diablo se muere de envidia. El dueño de la canoa, el pobre marinero, no comprende nada de las perversas intenciones de su amigo, y creyéndole tan amante de la barca como él mismo, lo lleva siempre en

ella y le enseña los resortes de que se vale para hacerla navegar, y en fin, pasa el día hablándole de su balaja. Pues señor, una mañana, el amante marinero estaba cansado y se durmió tranquilamente, dejando el cuidado de su buque al pobre envidioso. ¿Qué hace este? Agüerese el fondo de la canoa, deja el timón, salta á una barquilla que se halló al paso, y queda abandonado el pobre marinero empujado de las olas, hasta que huque y dueño perecen en el fondo del mar. Durante este catastrófe, el marinero sueña que el amigo está cultiviendo de flores su canoa, y despierta para darle las gracias. Al pronunciar esa palabra, una ola lo sepala con su amada.

— Preciosa letra! exclamó el teniente.

— En efecto, es muy linda, murmuró Magdalena fijando sus hermosos ojos en el capitán.

— Vamos, hija mía, canta, dijo el coronel estrechando á su esposa.

Magdalena cantó; el capitán se deshizo en elogios; el coronel lloró de alegría.

— ¡Infame envidioso! murmuró despues este último enternecido; ¡oh, la providencia debió dejar vida al pobre marinero para que hubiera ahogado á su rival!

IV.

En casa del coronel Alvarez se estaba hablando casi siempre de un capitán de lanceros que llevaba su mismo apellido. Pero á pesar de esto, el coronel veía muy poco al capitán; porque áña la combinacion de que el capitán iba casi siempre á casa del coronel despues de las doce de la mañana, y se marchaba antes de las tres. Por otra parte, el coronel no tenía mucha gana de visitas, y esto consistía en que inevitablemente iba perdiendo el buen humor que habia disfrutado desde su juventud. Así es que no se cuidaba mucho de buscar al capitán; á la manera que el capitán se cuidaba bien poco de solicitar entrevistas con el coronel.

La casa del veterano habia sufrido en pocos dias una violenta transformación. Lela se prestaba rarísimas veces á los caprichos de su marido, los cuales dió en llamar tonterías. En cambio tocaba mucho el piano y ensayaba grandes piezas de canto que jamás dedicaba á su esposo, aunque este lo solicitaba á todas horas. El viejo militar compró una hermosa carrétera para ver si Lela tomaba á la amabilidad y agrado de otros dias en fuerza de este costoso sacrificio; pero aunque Magdalena disfrutaba el carruaje con gran placer, gustaba mas de ocupar sola (á menos tal le pareció al esposo) ó en compañía de otras amigas, que llevando á la izquierda á su marido.

Una mañana anunció el coronel á su esposa que desearía pasar con ella en el carruaje. Lela dijo primero que no, y despues que sí, aunque encargó que pusiesen los cristales. El coronel la hizo presente que hacia un sol hermosísimo, y que era por lo tanto mas cómodo llevar descubierta la carrétera. Lela insistió en lo contrario, y la carrétera se cerró. Despues el coronel tuvo visita, y decidió no salir; pero como Magdalena estaba vestida, la rogó que no desperdiciara la mañana. Cuando Alvarez se asomó al balcón para ver montar á su esposa, observó que habian vuelto á abrir la carrétera.

Cuando se quedó solo murmuró para sí:

— ¡Hago mal en quejarme; soy un presuntuoso, un necio; ¿qué valgo yo? Con razon parece como que escuche el que me vea á su lado. ¡Ella tan jóven, tan hermosa!... yo enfermo, viejo!... ¡Oh! ¿cómo puede creer que ella descendiese hasta á amarme?... Bastante hace la infeliz. Me considera, me respeta, me sufre... vive á mi lado sin murmurar!... ¡Si, esto es bastante! ¡Luego que yo debo aburrirme con mis tonterías!... Querer que una jóven de su mérito se identifique con un hombre que solo piensa en fumar... en beber... diga mal: querer que una jóven de su mérito se identifique con un viejo que solo piensa en amar! ¡Repugnante amor! Perdóname, Lela mía; te he hecho infeliz, he empujado tu hermosura con mi aliento, he agostado tu lozana primavera, y aún soy tan insensato que quiero que pienses solo en mí, que hables solo conmigo, que pases á mi lado la vida, y que me ames con todo el amor de que tu alma es capaz!... ¡Oh! ¡Oh!... presuntuoso!... ¡Contentate con su indiferencia!... ¡besa la alfombra que ella pisá... escucha su dulce voz á recordadas cuando ella ensaya para lucirse luego en los salones, y no pretendas nunca acompañarla en público sin cubrir antes los cristales de tu carrétera!

Aquel dia el coronel no fumó ni bebió Ginebra. Por la noche pidió perdón á su esposa de sus falta que no podía revelar, y llegó el dia sin que hubiese podido conciliar el sueño.

Así pasaron algunos meses. El despego de Magdalena era cada dia mas perceptible; porque es tal el corazón de la mujer, una vez extravíado, que lejos de enternecerse ante el hombre que se humilla y que sufre, se seca mas y mas á medida que un infeliz lo humilla con sus lágrimas.

El único consuelo que quedó al coronel era la voz de su querida Lela. Esta pasaba gran parte del dia y aun á veces noches enteras

epasando al piano las piezas de música mas moderna y de mayor efecto. Jamás recitó ninguna delante de su esposa para agradarle; pero sea como quiera, las escuchaba día y noche, con lo cual se tenía por feliz. ¿Cómo no se le ocurría á Magdalena complacer alguna vez á su marido variándole la melodía del *martirero enamorado*?

Aquellos estudios y continuos ensayos tenían un objeto decidido. La esposa del coronel debía cantar en breve ante la escolidísima concurrencia que se reunía en los salones de una dama de las mas ilustres de la corte. El día en que se verificaba el concierto, dijo Lela á su esposo:

- Ya sabes que estamos convidados para la fiesta de la duquesa.
- No me lo habías dicho, murmuró humildemente el anciano.
- Cree que sí. Y bien, ¿qué dices?
- Que irés.
- ¿Y tú?
- Yo me quedaré en casa.

Aquel día estuvo el coronel mas contento porque su esposa había contado con él para la reunion. Arregló los papeles de música; mandó por pastillas para aclarar la voz, y trajo toda la tarde la casa revuelta para que no faltase nada al tocado de la señora. Por la noche estuvo presente al sordano de su Lela con el cariñoso afán de una madre que arregla el prendido de su hijo. Por lo que toca á él, si dejaba de asistir al concierto, no era por falta de deseos, sino porque había jurado no afrontar con sus canas y su traje vulgar la lozanía y elegancia de su joven esposa.

Llegado el momento de partir, Magdalena dió la mano á su marido con mas afecto que de costumbre, y este, enternecido, se atrevió á abrazarla. ¡Estaba hermosa!

El carruaje partió; pero Alvarez no fué á acostarse como había prometido: queria escuchar la voz de su Lela; queria estar presente en su triunfo; queria oír los elogios que se la prodigasen; queria en fin disfrutar siquiera un átomo de lo que le pertenecía por completo. Tomó las llaves del guardarás de su caballeriza, y se vistió de lacayo.

En aquel tiempo, lo mismo que al presente, disfrutaban las gentes de librea un privilegio que solo es concedido á los grandes y á los cocheros: el de asistir á los bailes y regates de la aristocracia. Las anteceras y pasillos de los palacios no se cierran nunca para los criados de librea conocidos que esperan la salida de sus amos. Allí entretenidas en sus estambólicas conversaciones, y arribados por el amor de las estufas, oyen si se canta, divisan las parejas si se bada, y bebén y comen de los abundantes restos del banquete. El coronel sabía esta circunstancia, porque alguna vez había asistido á semejantes reuniones; y aunque á sus propios ojos le humillaba este ardid, no titubeó en adoptarlo como un nuevo sacrificio en aras de su amor.

La reunion estaba brillanteísima. Todas las señoras vestían tan bien, y los caballeros todos se presentaban tan áirosamente ataviados, que el coronel se alegró unas cien veces de no haber querido ridiculizar á Lela con su presencia.

Pero el goce del veterano llegó á su colmo cuando comenzaron los preludios de una cavatina que había oído varias veces ensayar á su esposa. Entonces se volvió todo oidos; impuso silencio á los criados que ahorraban, y seguramente no hubiera perdido la menor de las notas sin un extraño incidente que turbó su atención por algunos instantes. Un caballero joven que entraba á esta sazón en la sala, se quitó de los hombros el gaban que le cubria, y fué á arrojarlo sobre la cara del pobre cocher ordenándole que lo cogiese en la percha. El coronel iba á levantarse para vengar aquella ofensa, cuando recordó el papel que estaba desempeñando: entonces fijó su vista sobre el caballero que acababa de entrar, y reconoció, aunque ya por la espada, á un amigo suyo con quien hacia dias que no conversaba familiarmente. Era el capitán Alvarez.

A la entrada del capitán en el salon sucedió un ligero pero bien perceptible murmullo, que impidió otra vez al veterano escuchar los acantos de su esposa. ¡Todo eran desgracias para él!

Una salva de aplausos, y otra despues de aquella, y una tercera despues de las dos, pero frenéticos, delirantes, sublimes, hicieron olvidar al humilde lacayo las humillaciones que acababa de sufrir. El triunfo de su Lela había sido completo. Si en aquella ocasión hubieran estado atentos los criados, habrían visto al cocher desconocido enjugarse los ojos con las mangas de su librea.

Los salones y galerías comenzaron á poblarse de señoras y caballeros, entre quienes no mediaba otra conversacion que los elogios de la linda cantante. El coronel se hubiera marchado entonces; pero ¿quién resista al deseo de escuchar una por una todas aquellas satisfactorias palabras?

En uno de los grupos mas cercanos al viejo habia tres jóvenes que disputaban acaloradamente sobre el mérito de la sublime artista: dos de ellos sostenían que si se dedicaba al teatro no tendría rival en Europa; y para apoyar su opinión llamaron á un tercero, el cual apenas se acercó á sus amigos les preguntó con marcado interés:

—¿Queréis decirme ante todo quién es esta hermosa muchacha que canta tan admirablemente?

—Pues qué, ¿no la conoces?

—Seguramente que no.

—¡Hombre, pues si es la perla de Madrid!

—¿Pero es soltera... casada?..

—Casada, y con un estafemo.

—Con un mueble de militar que pasa la mitad de la vida barracón, y la otra mitad quejándose de la gola.

—Pues entonces, ¿quién es el paz que se traga ese anzuelo?



—¡Toma! ¿ahora satimos con esa?... Chico, chico, tú estas muy atrasado de noticias!...

—¿Qué queréis!... pero no sabia nada.

—¡Pues si es un escándalo!...

—¡No se habla de otra cosa en Madrid!...

Al llegar la conversacion á este punto, un lacayo, vestido de librea, se había interuado en el salon de descanso.

—¿Pero al cabo me direis cómo se llama esa muchacha?

—Voy á decírtelo, exclamó uno resueltamente. En su casa la llaman Magdalena; pero aqui, en el café, en el Prado y en todas partes, se llama la querida del capitán Alvarez.

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO y SERRANO.

CERTIFICACION Ó FE DE MUERTO.

Un cabo que había sido condenado á muerte quiso escribir á su muger tan triste noticia, y como hubiese de ser ejecutada la sentencia el viernes, y el sábado llegase la carta á su muger, la escribió el jueves, como si el caso hubiese ya sucedido, en estos términos:

«Querida esposa: Despues de desaharte una salud tan buena como la que al presente gozo, te diré que me ahorcaron ayer entre once y doce de la mañana; gracias á Dios tuve una muy buena muerte. Y voy con sumo gozo la pena que está causada á las circunstancias.»
«Acuérdate de mí, y que tambien se acuerden mis pobres hijos.—Tu marido que te ama hasta la muerte.»

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.